PRESENCIA DE MIGUEL HERNÁNDEZ EN LA POESÍA MURCIANA DE POSGUERRA. EL PRIMER MIGUEL HERNÁNDEZ EN MURCIA

Por
JOSÉ LUIS ABRAHAM LÓPEZ

No es el momento de entrar de lleno en las visitas que Miguel Hernández realizó a Cartagena y Murcia. Estas latitudes están íntimamente ligadas a su obra. Recordemos que el primer eslabón de Miguel Hernández con Cartagena se le debe a Gabriel Miró[1]. La relación entre Miguel Hernández y Murcia viene de varios frentes. Siguiendo la secuencia de los hechos el 2 de octubre de 1932, en Oleza, con motivo del homenaje rendido a Gabriel Miró el alicantino tiene ocasión de conocer a un selecto grupo de escritores murcianos: Raimundo de los Reyes, Antonio Oliver, Carmen Conde, José Rodríguez Cánovas, María Cegarra.

A partir de este momento no tardó en llegar una estrecha compenetración del alicantino con el grupo murciano, lo cual supo ver muy bien Ernesto Giménez Caballero:

> ... El ardor murciano se ve encendido en pintores como Garay y Flores, en un escultor como Garrigós, en un periodista como Pujol, en un investigador como Sobejano o Ballester. La «finura» de Murcia tiene hoy su escultor en Planes y poetas en el exquisito Raimundo de los Reyes, en Oliver, y en las muchachas María Cegarra y Carmen Conde. A este grupo poético podrían sumarse los dos orihuelanos Ramón Sijé y Miguel Hernández. Finura, ardor: el poeta de «Ardor», Jorge Guillén, cuajó su mejor cántico sobre esta extática huerta de Murcia...[2]

Luego, Raimundo de los Reyes le abre las puertas del diario regional *La Verdad* para, más tarde, colocar *Perito en lunas* como número 3 de la colección «Varietas» de la Editorial murciana *Sudeste*. En el domicilio de Raimundo, número 3 de La Merced, Hernández tendrá el primer y único cara a cara con Federico García Lorca, el cual se encontraba en Murcia con «La Barraca» representando *La vida es sueño* de Calderón de la Barca[3].

Invitado por los propulsores de la Universidad de Cartagena –Antonio Oliver y Carmen Conde. Miguel Hernández dará una lectura poética de su *Perito en lunas*. Esto sucederá un 28 de julio de 1933 para volver dos años más tarde, 27 de agosto de 1935, esta vez con una ponencia titulada «Lope de Vega en relación con los poetas de hoy»[4] conmemorando el tercer centenario de la muerte del Fénix.

Luego, se dieron encuentros más esporádicos pero nunca terminará por quebrarse la admiración mutua[5].

Es muy conocida la presencia de Miguel Hernández en la producción poética de María Cegarra[6] de la que se han encargado diversos críticos, así como la de la unionense en *El rayo que no cesa* además de piezas hernandianas que surgieron merced a su contacto con tierras murcianas como la prosa titulada «Ciudad de mar ligero y campo rápido», dedicada a Carmen Conde y publicada en *La Verdad*[7].

También un poema de *Cancionero y romancero de ausencias* (1938-1941) tiene como referente a Murcia, el número 65, y quizás, recordando La Unión el número 90.

Además de dedicar la composición [«Estío, postre al canto: tierno drama...»] de *Perito en lunas* a Raimundo de los Reyes, Miguel Hernández hace lo propio con el soneto titulado «Rosa» incluido luego en *Poemas varios (1933-1934)* y en el que figura la siguiente dedicatoria:

Para mis dos amigos esposos
Carmen y Antonio, yo.
MIGUEL

Miguel Hernández en «Llamo a los poetas» de *El hombre acecha* (1937-1939) incluye el nombre de Antonio Oliver en la tercera estrofa[8].

Panorama de la poesía murciana de posguerra

En las primeras décadas de la posguerra, la literatura murciana vive momentos de inusitado movimiento. Por un lado, abundan los escritores regionales que superan los límites provincianos; por otro, en el interior se dan cita gran cantidad de poetas que realizan una importante labor cultural. A ello contribuyeron iniciativas como el Premio de la Diputación «Polo de Medina» o la nutrida nómina que ofrece sus primeros destellos en torno a la colección «Azarbe» cuya vida se inicia en 1946 llegando hasta 1948 alcanzando en su corta vida las quince entregas.

De la mano de un poeta emblemático murciano, Francisco Cano Pato, obtenemos una perfecta radiografía de las estéticas seguidas en Murcia sobre 1945 en la cual, por cierto, no falta el nombre de Miguel Hernández:

> La expresión de un poeta de este momento justifica cada intento: de un lado, esos caminos diversos de la sensibilidad, creacionismo e impresionismo, con sus variados frutos; de otro, la claridad de los coloquios con los poetas anónimos de los Cancioneros, con Lope y Gil Vicente, y la intensidad emocional de los seguidores del romancero. En nuestra época se ha vuelto a la raíz de la dramática con García Lorca y se ha intentado, con éxito, la grave empresa de los autos sacramentales en Miguel Hernández, a quien estéticamente tienen tan presente la mayor parte de los cultivadores del verso en este momento. De nuestro tiempo es la reconquista, por el buen gusto, de Góngora y de toda la tradición conceptista española[9]

En el plano estrictamente lírico, en los primeros años de la posguerra en Murcia encontramos aires de tono triunfalista como *Romancero de la nueva Reconquista* (1939) de Juan José Tomás Marco. La experiencia vital de la reclusión tiene su efecto en poemarios como *Mi Niño, mis padres, mi Mula, mis afectos y Ofrendas carcelarias* (1942) de Antonio Sánchez Maurandi. Por esta vía apostó en 1942 Ángel Vergel reuniendo parte de su obra, en la que predomina la temática popular bajo el título *Rapsodias* con un tono romántico e intimista[10]. Con un corte más clásico en las formas hallamos *Árbol* (1942) de Raimundo de los Reyes.

Simultáneamente poetas como Francisco Cano Pato inician una notable andadura con *El ámbito del lirio* donde quedan al aire las voces de poetas clásicos españoles y de la Generación del 27 como Rafael Alberti, Pedro Salinas y Jorge Guillén.

La recopilación y estudio de romances populares tiene en Murcia un nombre propio: Alberto Sevilla quien en 1943 y bajo el título de *Figuras, leyendas y paisajes (Colección*

de romances), siguió su línea de trabajo más reconocida. Personajes de la vida local así como costumbres y tradiciones curiosas tuvieron cabida en esta obra.

Un año más tarde un poeta precoz como Jaime Campmany daba a la estampa su libro *Alerce*. Algún crítico ha creído ver en los temas andaluces un «tibio airecillo lorquiano»[11] destacando la diversidad de formas métricas: sonetos, espinelas, quintetos, tercetos, poetas de verso libre y octosílabos.

No podemos dejar al margen las revistas surgidas en este período. A la revista *Arrixaca* le siguió la universitaria *César*, combativa y crítica; *Sazón* y los *Cuadernos murcianos*. En este panorama no pueden faltar instituciones como la Academia «Saavedra Fajardo», inspirada por Ángel Valbuena Prat.

Si desde Madrid la veta taurina la toca Eduardo Carbonell de la Cruz con *Galería impresionista* (1948), en Murcia no se descuidó el verso panocho gracias a la publicación de *Aquella Murcia* que recogía parte de la obra de Francisco Frutos Rodríguez de 1950. Por otro lado, la lírica popular toca el párroco Amable Martínez en 1965 con *Lira murciana. La poesía del alma del pueblo* en donde su principal propósito es «recoger la entraña del pueblo, su manera de pensar y su manera de expresarse»[12].

Introducción. Puntos de contacto

Antes de entrar de lleno en nuestro tema de estudio conviene trazar una línea de coincidencias. Será habitual encontrarnos alusiones al nombre de pila. Por otra parte, prácticamente todos los escritores murcianos aquí recogidos utilizan elementos pastoriles los cuales, sin duda alguna, guardan una relación inconfundible con el poeta alicantino. Es frecuente también la inclusión de Gabriel Miró quien, junto a Hernández, son reconocidos tempranamente como dos de las figuras más importantes de la literatura levantina. Sucede en Carmen Conde, Antonio Oliver, Salvador Sandoval y Sánchez Bautista. Nos vamos a topar con asiduidad con alusiones a su origen campestre encarnando la figura del poeta-agricultor y la de cabrero. Esta última la avalan Pérez Valiente, Sánchez Bautista, Salvador Sandoval, Dionisia García y María Teresa Cervantes. Tampoco se echa en falta la tendencia hacia lo elegíaco como en el caso de Julián Andúgar, Salvador Jiménez y Salvador Pérez Valiente. En este sentido, una de las ideas más interesantes que comparte este grupo de poetas murcianos es el alejamiento de la muerte con respecto a un sentimiento nihilista. Merced a la obra poética, que en sí por naturaleza es atemporal y eterna, el creador se salva de la finitud.

En resumidas cuentas, todos estos poetas murcianos parten de tres matices fundamentales: la geografía viva y real, las vicisitudes de la vida y su repercusión en la obra de Miguel Hernández.

Miguel Hernández en la poesía murciana de posguerra

El poeta cartagenero Miguel Valdivieso Belmás (Cartagena 1896-Madrid 1966) en alguna ocasión dedica poemas a tres Migueles: a su ángel onomástico, a Miguel de Unamuno y a Miguel Hernández. En concreto a éste una composición titulada «Hortelano de Orihuela» incluida en *Sino a quien conmigo va*[13]. El poeta murciano sigue con fidelidad el mundo de Hernández con símbolos poéticos tomados del paisaje levantino y, así, nos topamos con alusiones a la huerta y las abejas; al Levante, al fruto y a la huerta; a Dios, al

toro y al ángel; a la palmera, a la hortaliza y al hombro. Si reparamos en estos elementos vemos que apuntan hacia dos planos claramente diferenciados: lo agro y lo culto.

Para su poema Miguel Valdivieso aprovecha la imagen que aparece en la «Elegía» de *El rayo que no cesa* al decir:

> Yo también soy Miguel, pero no Hernández.
> Ni hortelano de mieles y de abejas

Como se pone de relieve en «Hortelano de Orihuela» a la admiración poética

> Hice lo que se hace cuando el mundo
> no es una cosa eternamente nuestra.
> He bebido en tu luz, mordí tu fruto
> y he plantado en tu huerta.

le sigue una asimilación propia de la Poética del alicantino y a la figura del poeta-soldado en otros momentos señalada se le suma ahora la del poeta-agricultor y reflexivo apuntalada sobre piezas léxicas por todos reconocidas:

> Sueña por fin divinamente solo,
> claro Miguel del libro y la palmera.
> Miguel de la hortaliza sobre el hombro
> y en las manos la idea.

Antonio Oliver Belmás (Cartagena 1903-Madrid 1968), como Miguel Hernández, durante la guerra civil colabora en revistas que defendían la bandera republicana como fue *Frente Sur*.

Ciñéndonos a la producción de postguerra Oliver rubrica su poema «En la muerte de Miguel Hernández, poeta de *Perito en lunas*»[14], escrito en Espinardo en 1942, donde se nota la implicación con el fatal desenlace del alicantino. Oliver utiliza el soneto como forma estrófica más adecuada para comunicar un sentimiento de hermanamiento y esperanza.

Gabriel Miró se convierte en conductor del alma de Hernández por lugares sagrados reservados sólo a hombres virtuosos. Antonio Oliver crea su propio ideario mitológico hasta colocar en la frente, en lugar del laurel, un ramo de mirto, para Oliver símbolo de paz y prosperidad. A este mundo personal se une un término característico en el cartagenero, como es el de matriota, creado por Miguel de Unamuno y adoptado por Oliver para dar preferencia al símbolo de la madre sobre el del padre en el amor a la tierra donde uno ha nacido:

> Esta forma yacente es de un hermano;
> de un amigo de amor y de terneza;
> de un poeta campestre y oriolano
> que volaba, torcaz, por la Belleza.
> Gabriel Miró la lleve hasta el Arcano
> por Elíseos de sombra y de grandeza.
> Vista de luto el verso castellano
> y las campanas doblen en Oleza.
> Miguel, Miguel: ardiente levantino.
> Ahora que el llanto silencioso brota
> sobre tu tumba pongo este divino
> dolor que me conmueve y me derrota.

Este ramo de murta que destino
a coronar tu frente de matriota.

En su concepción y sentido las *Loas* de Antonio Oliver mucho se parecen a las *Odas* de Miguel Hernández. Por ejemplo, la oda «Al vino» y «A la higuera» del período de *Perito en lunas*. Las de Oliver son posteriores. Ciñéndonos «A la higuera» de Miguel Hernández y a «El higo» del cartagenero, los dos coinciden en destacar el verde, el erotismo (pezón, seno), el blancor caliente-leche. Por su parte, en «La breva» Antonio Oliver hace hincapié en su carácter bíblico, del primer pecado, además de su referencia a las abejas.

Por último, hagamos constatar el soneto que lleva por título «A Miguel de Oleza» fechado en Murcia en 1942 donde su autor cumplía con una obligada reclusión. En ella Oliver recompone una foto literaria en la que aparece Gabriel Miró. Antonio Machado, Federico García Lorca y Miguel Hernández. Para el poeta murciano la vida reparará sus daños en cuanto se aferra a la idea de la superación de la muerte por la verdad. Destaca la complicidad entre ambos poetas, unidos por las adversas circunstancias.

Nuestro Gabriel, Miguel, te ampara.
Él ya puede burlar todos los muros.
En los penosos trances inseguros
ilumina tu frente y la repara.

También Antonio no te desampara
desde sus sueños castellanos puros.
Los embates más crueles y más duros
en el cielo de España, te los para.

Venceremos, al fin, la adversa suerte.
Un día, de la vida o de la muerte,
tendrá que ser lo que callando explico.

No desesperas si la Aurora tarde.
Como yo y Rafael canta y aguarda,
que vela por nosotros Federico[15].

La relación Oliver-Hernández traspasa lo meramente poético. La amistad trabada en los felices años de extensión cultural de la Universidad Popular de Cartagena tiene su desconexión en 1937 y su prematuro desenlace en 1942. Si de manera superficial pudo conocer Antonio Oliver a Miguel Hernández en este breve intervalo de trato personal, como él mismo cuenta luego en Madrid a través de amigos comunes llega a tener completo conocimiento de cada una de las vicisitudes del autor de *Perito en lunas*, bien a través de Víctor González Gil, del arquitecto Emilio Abad Miró o del polifacético Eduardo Llosent y Marañón.

Desde 1939 todo un rosario de centros penitenciarios visitará Miguel Hernández, sin cesar su portentoso empuje poético vertido además en una correspondencia epistolar en la que con igual intensidad sentimos el puro y robusto acento como el amargo sabor del dolor humano.

> A partir de 1940 supe de sus padecimientos a través de Juan Guerrero Ruiz y José Ballester... Seguí íntimamente las noticias de su enfermedad, cada día más grave, y... ya muerto Miguel, allí [Espinardo] leímos un domingo versos suyos y rezamos por él José Ballester Nicolás, Dictinio de Castillo-Elejabeytia, Francisco Cano Pato, Antonio Garrigós y el que esto escribe...[16]

Además de los numerosos testimonios en periódicos y revistas Carmen Conde Abellán (Cartagena 1907-Madrid 1994) tiene tres poemas alusivos a Miguel Hernández.

Uno de ellos es «Toro en Guadarrama», otro titulado «Miguel» perteneciente a *El tiempo es un río lentísimo de fuego* y de *Humanas escrituras* «Elegía» fechada en febrero de 1955. De las siete composiciones que la forman nos interesa sobre todo destacar que Ramón Sijé, Justino, Miguel Hernández, Andrés Cegarra y Gabriel Miró fallecieron jóvenes y todos ellos eran oriolanos. La muerte es vista por la autora como una liberación del desgarro y pena terrenales además de subrayar el carácter eterno de la palabra poética que sobrevive a su creador. A Miguel lo define como «incandescente, sacudiendo/ramajes de su hoguera sobre el mundo»[17].

En el poema que titula «Presencia de la ausencia» de *Tremendo soliloquio* Federico García Izquierdo (Murcia 1908-1983) toma como referencia a los tres poetas que mejor representan el drama nacional: Antonio Machado, Federico García Lorca y Miguel Hernández. A propósito de este último el murciano incide especialmente en el dolor humano que sintió el alicantino muy en consonancia con la poética que por estos años practica el murciano.

En el poema en cuestión llaman la atención estos versos en los que no faltan ejemplos de rima interna, antítesis, el concepto de vida como liberación y una velada alusión al mito de Dafne y Apolo:

> [...]
> Y en fin, a ti también, Miguel Hernández
> el mínimo Miguel de inéditos dolores.
> Un Cristo insospechado, en paladeo
> constante de tu propio sufrimiento.
> Un alma de excepción en ruin albergue.
> Una onda de amor, que en su reflujo
> de total expansión, se disgregaba
> en una vegetal metamorfosis.
> La muerte, al darte vida sin angustias,
> contra humanas miserias te hizo inmune,
> y fuiste polizón inverosímil
> en esta expedición rumbo a la gloria[18]

A pesar de este tinte devastador y trágico –aunque no falta la versión eclesial-religiosa–[19] *Tremendo soliloquio* en general y este poema en particular deja en el lector ese gusto conciliador de la esperanza[20] y de la inmortalidad de todo lo artístico.

El tributo de Agustín Meseguer Soler (Madrid 1914-1975) a Miguel Hernández poco tiene que ver con el tono que mejor caracteriza la obra de éste pues si hay alguna nota que lo singulariza ésta es «un sentir parnasiano/maldito, encerrado en una clave social, pero reducida a su arista antiburguesa»[21].

El conocimiento de Agustín Meseguer de Miguel Hernández le vino sobre 1956 en el estudio del pintor cartagenero Vicente Ros donde por primera vez Meseguer escuchó la obra «de la generación poética del veintisiete pero, sobre todo, a conocer a Neruda, Vallejo, Miguel Hernández y los poetas de moda entonces»[22].

En su homenaje a Miguel Hernández Meseguer utiliza un elemento paisajístico de especial relevancia como la palmera en una relación marital eterna ante la ignorancia de ésta del fallecimiento de lo humano. La palabra de Agustín Meseguer se cruza con las imágenes de «La palmera levantina» de Hernández.

Miguel,
si la palmera se te quedó viuda,
mira cómo se va su llanto por la acequia
y pone más amargo al limonero.
La desposaste en una noche llena de luna.
Fue tu verso el que cubrió su doncellez
y cumplías tan bien la deuda conyugal
que te nacieron ojeras de tierra fresca.
Tus amigos te lo decían
–Miguel, tienes ojos de recién casado–.
Tú seguías andando;
deshojabas tristezas en el puente
para que las llevara abajo el agua
[...][23]

El soneto de Julián Andúgar (Santomera 1917-Alicante 1977) que lleva por título «Como la rosa has muerto o como el toro» perteneciente a *Entre la piedra y Dios*[24], según Francisco Sánchez Bautista supone el «primer intento serio para entender en profundidad el paisaje murciano, liberado ya en su verso de folklorismos y tópicos al uso»[25]. Además del evidente tono elegíaco, la alegoría del toro y el tono lúgubre de osario que recuerda a la guerra civil y sus víctimas, quizá lo más destacable sea que a la reflexión le acompaña una interpretación de la poesía de Miguel Hernández definida por un acusado sentimiento de lo humano y la crudeza de éste. Curiosamente en esta composición está ausente el tema religioso que recorre todo este poemario de 1949.

Como la rosa has muerto o como el toro
lejos del triste llanto y de la pena.
Busca tu sangre el peso de la arena,
y tu voz el levísimo y sonoro

aire, donde la gracia y el decoro
de la fruta y el pájaro se ordena.
Lenta la tierra va de huesos llena,
de brazos y rodillas y hondo lloro.

Pero no iguala cantos como el tuyo;
como este de tu voz –peña encrespada–
con venas de agua dulce y de metales.

Oh, el monte de tu verso al que ahora afluyo.
Oh, alegría de fuente liberada,
tu voz, de hondas raíces minerales.

Si algo caracteriza *Por tercera vez* (1953) de Salvador Pérez Valiente (Murcia 1919) es, sin duda, el tono elegíaco, el aire social sustentado en las circunstancias históricas y la crueldad de la guerra. Por ello, llama la atención el poema «Murciano de dinamita» que Pérez Valiente parafrasea de aquel «Murcianos de dinamita» de Miguel Hernández. Sobre un cómputo octosílabo destacan mecanismos muy hernandianos como la derivación, la aliteración y una selección léxica muy propia del autor de *El rayo que no cesa*. Véase, por ejemplo, *hueso*, *Levante*, *muerte*, *fruto*, *lloro*, *labrador*, *rayo*... El poeta deja entrever su concepto de poesía como necesidad para comunicar el desgarro.

Esta misma preferencia la corrobora en el apartado «Homenajes últimos» del libro *Lo mismo de siempre* (1960). Concretamente, el poema «Llamado Miguel»[26]. Con una

clara conciencia crítica, Salvador Pérez Valiente deja en la superficie una veta de denuncia, una poesía humanizada y hasta ideológicamente comprometida.

Gentes de mi tierra, Dios
existe para todos.
Hambre de Dios, feroz hambre
nos ata codo con codo.
No es el listo de Miguel,
bandera de rebelión;
que es del campesinado
quien nos tuerce el corazón.
Quien descarna y despelleja,
verso a verso, gota a gota,
un amarguísimo viento
de derrota.
[...]
Tierno cachorro de luz,
leyéndole a los pastores
-desde el destino a la cruz-,
sus penas y sus labores.
Perito en gracia lunar
y aprendiz de panadero.
Por reír o por llorar,
cuerpo de varón entero.

El poeta se dirige a una colectividad pero aludiendo de manera explícita a Miguel Hernández como ejemplo de voz comprometida definida desde un guiño a Rubén Darío («¡Torres de Dios!¡Poetas!»). Compromiso y pasión («trinchera» y «volcán» unidos luego bajo la expresión superlativa «violentísima llama») son los dos ejes que definen para Pérez Valiente a Miguel Hernández y ahora aquél se ve comprometido a restaurar o preservar su poesía.

[...]
Fabuloso y legendario
Miguel-Torre.
Pero Dios no es imparcial.
Dios sabe hasta dónde puede
desenterrar y erizar
lo que nos salva y nos hiere.
[...]
Despojado, en hueso vivo,
Miguel ya,
jornalero del Señor,
calladamente reposa,
trinchera y volcán de dos
contrarias fuerzas hermosas.
Hubo un hombre, supo un hombre
morirse por la garganta.
Poetas de España, salvemos
su violentísima llama.
Oh, arcángel de la Ribera,
amortajado de pana.

Duerme en paz bajo tu tierra,
sobre tu guerra, descansa.

En el caso de Francisco Sánchez Bautista (Llano de Brujas 1925) del libro *A modo de Glosa* (1963) el poema XVII viene encabezado por una cita de Miguel Hernández: «Un amor hacia todo me atormenta» de *El rayo que no cesa*.

De su poemario *Tierras de sol y de angustia* (1975) tenemos la composición homónima en donde, igual que Antonio Oliver y Miguel Valdivieso, Sánchez Bautista reúne a la pareja Miró-Hernández. La espontaneidad y creatividad del murciano se refleja una vez más en el juego de la expresión gay-trinar –acuñada por Antonio Machado y que vemos en el poema «Retrato» de *Campos de Castilla*– por gay-cantar sin que pierda un ápice de su significado original.

Queda Oleza allá, lejana,
a la margen del Segura,
calada, como en clausura,
entre palmera y campana.

Y añoro entonces y anoto,
son dos: Gabriel y Miguel,
un manantial claro, ignoto,
de bien soleada miel.

Y rezo por los hermanos
ya idos: por aquel par
de olecenses, soberanos
maestros del gay-cantar[27]

La opinión de Azorín de que este primer libro de Sánchez Bautista revela la presencia de «un poeta compenetrado con la tierra –y con la Naturaleza– y dueño de su vocabulario»[28] se corrobora en el poema XXX que contiene elementos emblemáticos de la poesía de Miguel Hernández. Naturaleza plástica y sugerente, viva y humanizada, casi mítica emparentada sobre todo con «La palmera levantina».

IV

¡Oh palmera de Alicante
–la palmera ilicitana–,
grave palmera murciana,
donde la sangre y el cante
se da en copa diamantina;
en el azul, de tal modo
que airea la sal y el yodo
de la tierra levantina[29]

Apostando por la palabra sonora, el poeta asume la responsabilidad de una colectividad; idea ésta que casa bien con aquella de Miguel Hernández en *Teatro en la guerra* de la alegría de la lucha cuando es en pos de un ideal colectivo.

De *Encuentros con Anteo* (1976) el poema «Exaltación elegíaca de Miguel Hernández» aúna el recuerdo perenne del poeta y la herencia que éste ha dejado en la tradición literaria.

Miguel Hernández, tienes
la claridad del agua, la ternura

del ruiseñor en celo; se te pone
el verso como a nadie; reconcilias
retamas y panales con tu acento.

[...]
Yo canto al azahar, Miguel, y canto
para poner de blanco a todo el mundo,
incluso aquellas cabras ¿quién lo niega?
Porque blancas las cabras son por dentro.
–pequeños ríos lácteos, tú lo sabes–.

[...]
La emoción de vivir está en la tierra
donde todo es sencillo hasta la muerte.
Allí están el limón y la naranja,
el níspero y la guinda dando un juego
de rojo y amarillo interminables.

[...]
Porque tú que has atado tantos cabos
a la triste aventura de ser hombre
y has dicho con pasión graves palabras
como son por ejemplo: amargo, tuera,
pena, agonía, sino, sombra, muerte,
odio, amor, guerra, sangre, dolor, vida,
todo el drama vital de un alma estoica,
verás con buenos ojos a este epígono
que te da la razón, que sí, que importa
todavía morirse con decencia.

En el caso de Salvador Jiménez (Murcia 1927) el propio poeta nos dejó un valioso testimonio de sus preferencias y modelos:

> Hablar de preferencias en poesía es correr el riesgo de ser inexacto. Pero una cosa es valorar y otra preferir. Así, dejando aparte toda la ejemplar herencia española y refiriéndonos solo a los contemporáneos, Miguel de Unamuno, Vicente Aleixandre, Juan Panero y Miguel Hernández son poetas que cuentan dentro de mis preferencias actuales. No es posible prescindir, hablando de poesía, de las lecciones de Antonio Machado y Federico García Lorca.

Además del aire fresco de Juan Ramón Jiménez y Rubén Darío que alienta algunas de sus composiciones, en el soneto «Envío» la presencia del desgarro de la Elegía hernandiana resulta palpable merced a una nota característica en el poeta murciano que recorre toda su vertiente temática como es la muerte y el tiempo.

Si el corazón un rayo me alcanzara
destruyendo mi pecho enamorado,
si un torrente de luz, si un soplo airado
en oscuras cenizas me anegara.

Si la voz de la muerte levantara
todo mi ser en polvo dispersado
y solo mi memoria en tu costado
la soledad doliente te acercara.

Si la luz se hace sombra en tu mirada,
si quiebras tu figura dolorosa
al anuncio del nombre que era mío,
volveré del silencio de la nada,
de otro mundo, mujer, donde reposa
traspasada mi carne en el vacío[30]

Como se puede apreciar en «Envío» la intertextualidad viene de la resonancia de palabras como *rayo*, *pecho*, *enamorado*, *costado* y la construcción sintáctica *«volver de...»*.

El propio título de la composición «Muerte enamorada» señala la polifonía al alentar la presencia de Miguel Hernández; imagen que se repite en el último terceto de dicho soneto:

[...]
porque sigo en la muerte enamorado
y en llanto el corazón triste me lleva
de tu rosa encarnada a mi ceniza[31].

Del libro *Descendamos al valle* (1972) de Salvador Sandoval López (Las Torres de Cotillas 1928), Premiado con el Polo de Medina, nos interesa el poema que lleva por título «Orihuela». En esta composición se conjugan dos vertientes ya reconocidas por la crítica. Por un lado, una singular atracción por la tierra, de manera que «los pueblos, las cosas, la leyenda, se tiñen de esa fuerte realidad que la tierra y el agua prestan a los sentidos»[32]. Por otro, un tono de contenido social que proporciona a la poesía «un mensaje de noble y humana –cristiana– solidaridad»[33].

De nuestro particular repertorio es el poema y el poeta en donde se da un mayor grado de intertextualidad. Esta voz alterna viene destacada tipográficamente por los signos dialógicos con respecto a Miguel Hernández y así resultan perceptibles el vínculo con conjuntos poemáticos como *Perito en lunas* y *El rayo que no cesa* en poemas como «[Un carnívoro cuchillo...]» y «[Umbrío por la pena, casi bruno...]».

En este poema «Orihuela» en el que el autor remarca la idea del poeta como hijo de la tierra, el entrecomillado funciona como indicio paratextual.

Salvador Sandoval también incorpora como rasgo dialógico el conocido verso que, según Elvio Romero, fue escrito por el alicantino en la pared de la cárcel de Alicante antes de morir («Adiós, hermanos, camaradas, amigos,/despedirme del sol y de los trigos»).

[...]
¿Quién te llenó tu frente de laureles?
¿Te acuerdas de Miguel, de tu «Perito»
en lunas y en estrellas, que sentía
«un rayo que no cesa» y «un cuchillo
de ala dulce» buscarle las entrañas?
¿Te acuerdas del pastor aquel «umbrío»?
¡Cuánto quiso tus sierras y tus llanos!
¡Cuánto amor se dejó por los apriscos!
Lo dijeron sus labios al marcharse:
«¡Despedirme del Sol y de los trigos!»[34]

¿Quién coronó tu frente de laureles?
Tu poeta pastor, Miguel, tu Hijo[35]

Como vemos el fragmentarismo que supone el uso de estos paratextos queda bien ensamblado con la voz personal de Salvador Sandoval, estableciéndose un collage o diálogo de autores y perspectivas entrecruzadas.

Del libro *El vaho en los espejos* (1976) de Dionisia García (Fuente-Álamo de Albacete 1929) en el poema «Ante la tumba de Miguel Hernández» su autora no oculta su advocación de Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado. En este primer poemario Dionisia García presenta sus credenciales; por ejemplo su gusto «por el paisaje serenamente contemplado, evocado desde el recuerdo de personas y seres que lo poblaron. Y están también los mitos literarios expresados con sólida nobleza verbal»[36].

Para Ana Cárceles en este libro inaugural su autora logra que la naturaleza, el ambiente y el espacio vital alcancen «tonos ecológicos o bucólicos de alabanza campesina en detrimento de la ciudad mal urbanizada»[37].

Tres palomas tocaban desde dentro:
asta, pico, diente de caracola;
punta a punta sobre la tierra blanca,
para que allí quedara el aliento,
el sentir que deshecho se muriera,
en el amanecer quebrado y seco.

Un nombre mal trazado, letras negras,
con tres vocablos justos y unos años;
fueron pocos, Miguel, y te dolían.
Tú que naciste agreste y buscador,
pisando líquenes, saltando tormos;
atento al despertar de las mañanas.
Casi rasgado el telo de la aurora,
extendías las manos, y era tuyo
el clamor, el gorjeo y las plumas,
toda la libertad que ahora queda,
en pizarras de greda y entre el viento[38]

Eugenio Martínez Pastor fundó en Cartagena el Centro de Estudios e Investigaciones San Isidoro. Durante los días 19 y 20 de marzo de 1955 tuvo lugar la I Asamblea de Poetas y Escritores del Sudeste Español. El Centro de Estudios e Investigaciones fundó un cuaderno de Poesía titulado *Baladre* como aportación al Congreso de los Escritores de Orihuela[39]. Después se publicaron dos números más, cuando el Centro de Estudios ya había desaparecido. Baladre pasó a ser una Editorial de cierto prestigio. Los poetas de entonces de Cartagena, La Unión, Murcia, recitaron poemas en el claustro de la Catedral de Orihuela. Uno de ellos, María Teresa Cervantes (Cartagena 1931), leyó su «Elegía a Miguel».

Probablemente debió ser publicada, aparte de en *Idealidad* de Alicante en *Caracola* de Málaga, en la revista en la que colaboró durante algunos años la escritora cartagenera.

[...]

Nuestro llanto no acaba.
Que eras hombre
Con firmeza de arista, allá en tu sangre,
En tus arterias de pastor legítimo.

Tu silencio me quiebra como un rayo,
Tu vientre está en mi vientre
–prisionero en acecho–.

Nada tuyo, ni mío, ni de nadie.
Todo fue un simple préstamo[40].

Una vez más quedan recogidos los tópicos biográficos como el lamento de su pérdida (como dolor propio) así como la herencia de su poesía.

Conclusión

Como hemos intentado demostrar la presencia de la figura de Miguel Hernández en poetas murcianos de la postguerra es cuantiosa. Presencia que va desde referencias biográficas a imágenes poéticas como llega también a tópicos literarios y procedimientos léxicos muy arraigados en la obra literaria del alicantino.

Son muchas las perspectivas y juegos que admite: Miguel Hernández citado, recreado, parafraseado; venerado, ejemplificado; adaptación o adopción; servil o personal; mención o alusión; cruces y encuentros.

NOTAS

1.–Resulta interesante consultar para situarnos en antecedernos el trabajo de Mariano Moreno Requena «Gabriel Miró y Murcia» publicado en la revista murciana *Murgetana*, 117, 2007, pp. 137-164.

2.–Ernesto Giménez Caballero, «Pura España. Murcia», *La Verdad*, 10296, (25 de noviembre 1933), p. 3.

3.–Santiago Delgado, *Historia de la literatura en la Región de Murcia*, Murcia, Editora Regional, 1998, p. 298.

4.–«Homenaje a Lope de Vega», *El Eco de Cartagena: decano de la prensa del Reino de Murcia y de la Región de Levante*, 22052, (24 de agosto 1935), p. 1.

5.–Carmen Conde, «De otros días...», *Estudios sobre Miguel Hernández*, Murcia, Universidad, 1992, pp. 85-87.

6.–Belén Pardo Cifuentes, «Miguel Hernández, Cartagena y María Cegarra», en Santiago Delgado, *Homenaje a María Cegarra*, Murcia, Editora Regional, 1995, pp. 145-148; así como Santiago Delgado, «Miguel Hernández en la obra poética de María Cegarra», *op. cit.*, pp. 149-161.

7.–Miguel Hernández, «Ciudad de mar ligero y campo rápido», *La Verdad*, 10195, (3 de agosto 1933), p. 4.

8.–Miguel Hernández, *Poesías completas*, Agustín Sánchez Vidal (ed.), Madrid, Aguilar, 1979, p. 591.

9.–S., «El poeta lírico murciano Francisco Cano Pato», *La Verdad*, 12723, (6 de diciembre 1945), p. 3.

10.–«Libros. *Rapsodias*, por Ángel Vergel», *Línea: órgano de Falange española tradicionalista y de las J.O.N.S. de Murcia*, 1087, (18 de octubre 1939), p. 5.

11.–«Tres nuevos poetas murcianos», *La Verdad*, 12595, (8 de julio 1945), p. 4.

12.–«Lira murciana, libro de versos del párroco de San Patricio», *La Verdad*, 18573 (19 de febrero 1965), p. 11.

13.–Miguel Valdivieso, *Obra completa*, Madrid, [s.n.], 1968, pp. 150-151.

14.–Perteneciente a *Loas del amor y de la amistad*. Véase Antonio Oliver, *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1971, pp. 359-360. También lo hemos visto como «Ciprés mortuorio a Miguel Hernández» y como «Soneto votivo a Miguel Hernández».

15.–Perteneciente al conjunto *Guardado llanto*. Véase Oliver, *op. cit.*, p. 195.

16.–Antonio Oliver, «Cuando Miguel Hernández quiso volver a ser pastor», en *Última vez con Rubén Darío*, Tomo 2, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica del Centro Iberoamericano de Cooperación, 1978, p. 897.

17.–Carmen Conde, *Poesía completa*, ed. de Emilio Miró, Madrid, Castalia, 2007, pp. 662-664.

18.–Federico García Izquierdo, *Tremendo soliloquio: poemas*, Murcia, Talleres Belmar, 1969, pp. 59-60.

19.–Francisco Javier Díez de Revenga y Mariano de Paco, *Historia de la literatura murciana*, Murcia, Universidad/Academia Alfonso X el Sabio/Editora Regional, 1989, p. 410.

20.–Federico García Izquierdo, *Antología poética*, Antonio Morales (introducción y selección), Murcia, Editora Regional, 1986, p. 19.

21.–Santiago Delgado, *Literatura en la Región de Murcia*, Murcia, Editora Regional, 1998, p. 227.

22.–Afirmaciones de Fulgencio Martínez Pastor publicadas en Agustín Meseguer, *Obra poética*, Cartagena, Agua, 1990, p. 120.

23.–Meseguer, *op. cit.*, pp. 84-85. También lo hemos visto con curiosas variantes en *Idealidad: revista editada por el Servicio de Publicaciones de la Caja de Ahorros del Sureste de España*, Año 8, 49, (agosto–octubre 1960), p. 13.

24.–Julián Andúgar, *Antología poética*, Francisco Sánchez Bautista (selección), Murcia, Editora Regional, 1981, p. 31.

25.–Andúgar, *op. cit.*, p. 12.

26.–Salvador Pérez Valiente, *Obras completas*, Volumen I, 1947-1977, Fortuna, Ayuntamiento, 2002, pp. 163-165.

27.–Francisco Sánchez Bautista, *Poesías completas*, Francisco Javier Díez de Revenga (ed. y estudio preliminar), Murcia, Academia Alfonso X el Sabio, 2005, p. 30.

28.–Azorín, [Comentario a *La sed y el éxodo* de Francisco Sánchez Bautista], Murcia, Colección Cantaelgallo, 1975, p. 5.

29.–Sánchez Bautista, *op. cit.*, p. 50.

30.–Salvador Jiménez, *La orilla del milagro*, Murcia, Tip. La Verdad, 1946, p. [21].

31.–Jiménez, *op. cit.*, p. [42].

32.–Salvador Sandoval López, *Descendamos al valle*, prólogo de Antonio Hoyos, Murcia, Diputación, 1974, p. 5.

33.–Francisco Javier Díez de Revenga y Mariano de Paco, *op. cit.*, p. 436.

34.–Sandoval López, *op. cit.*, p. 38.

35.–*Ibid.*, p. 43. Se trata de dos versiones del mismo poema pues estos versos tan significativos no aparecen en la edición de 1974.

36.–Francisco Javier Díez de Revenga y Mariano de Paco, *op. cit.*, p. 448.

37.–Véase el estudio preliminar del volumen *Tiempos del cantar. (Poesía 1976-1993)*, estudio preliminar de Ana Cárceles, epílogo de Miguel Espinosa, Murcia, Editora Regional, 1995, p. 10.

38.–En la primera edición de *El vaho en los espejos* (Murcia, 1976, pp. 50-51) este poema aparece como «En el recuerdo de Miguel Hernández» con algunas variaciones no muy significativas para nuestro trabajo con respecto a Dionisia García, *Tiempos del cantar*, *op. cit.*, p. 51.

39.–Joaquín Ortega Parra, «Eran tiempos difíciles», en *Homenaje al académico Asensio Sáez*, Murcia, Real Academia Alfonso X el Sabio, 2008, pp. 28-129.

40.–María Teresa Cervantes, «Elegía a Miguel», *Idealidad: revista editada por el Servicio de Publicaciones de la Caja de Ahorros del Sureste de España*, 105 (noviembre 1966), p. [60].